

PRÓLOGO

HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA TRADICIÓN ORAL EN HUANCHACO

Ha querido el destino que este libro sea publicado en 2021, año en el que todos los peruanos celebramos el bicentenario de nuestra independencia. También se cumplen 201 años desde que el 28 de diciembre de 1820 se rindió honores a la primera bandera bicolor nacional en la ciudad de Trujillo, al mismo tiempo que se lanzaba el primer grito de independencia desde el viejo balcón de la sede del entonces cabildo de esa ciudad. Y es que, como ya lo había detallado Nicolás Rebaza Cueto en su importantísima obra *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de la independencia* y posteriormente el célebre Héctor Centurión Vallejo en *La independencia de Trujillo*, Huanchaco desempeñó un papel fundamental en el proceso libertador, dado que era el puerto por donde entraba y salía la correspondencia entre Torre Tagle y el general San Martín.

Es entonces que, más allá de la historia y de los entretrejos políticos, este libro cobra vigencia en esta nueva era para nuestra patria y especialmente para el pueblo de Huanchaco. A doscientos

años del inicio de la vida republicana, esta contribución muestra desde el ángulo de la tradición oral que Huanchaco (y por extensión, todo el territorio nacional) tiene en realidad más de doscientos años de vida, y que, en efecto, como la arqueología viene demostrando, su pasado se remonta hasta poco más de diez mil años antes de nuestra era. La ciencia arqueológica también sugiere, con base en los descubrimientos hechos en Huanchaquito, que el primer Huanchaco (o, al menos, el más antiguo hallado a la fecha) se fundó hace 3500 años y, por lo tanto, el lector se estará cuestionando si acaso los escasos doscientos años que estamos celebrando son solo el colofón de una historia que se reinventa a cada minuto, pero que, ciertamente, tiene más capítulos de los cuales no sabemos prácticamente nada. Y es que una reflexión válida a dos siglos de vida republicana debe ser: ¿cuánto conocemos de nuestro pasado preindependencia? Es decir, ¿cuánto sabemos de los 289 años en que los ibéricos gobernaron estas tierras? E igual de importante: ¿cuánto sabemos de los pueblos que aquí surgieron antes de que Pizarro, Almagro y sus huestes lleguen a las playas del Pacífico? Allí el tema es más complejo, pues estamos hablando técnicamente de ¡más de 11 532 años! Afortunadamente para Huanchaco, gracias a los trabajos arqueológicos realizados por varios colegas desde la década de 1970 —y especialmente desde el 2010 por el Programa Arqueológico Huanchaco— se viene recuperando valiosa información que, aunque todavía mínima, va llenando algunos vacíos y descubriendo capítulos que no conocíamos. Con esto último me refiero a que ni siquiera la tradición oral guardó en su memoria colectiva que entre los años 1200 y 1530 de nuestra era se hicieron masivos sacrificios de niños y camélidos a lo largo de las costas de Huanchaco. ¿Por qué se perdieron en la tradición oral

estos episodios, sin lugar a dudas impactantes para los pobladores que los observaron? ¿Por qué nadie habló de ellos a los españoles ni quedaron en la tradición oral como alguna de las decenas de historias aquí publicadas? Este hallazgo arqueológico —aunque macabro en nuestra visión social e ideológica del siglo XXI— sugiere que, sin lugar a dudas, la arqueología tiene un rol esencial, pues rescata del olvido episodios que por varias razones fueron «borrados» u «olvidados» por la memoria colectiva.

En contraste, los 72 relatos que conforman este libro, escritos por un solo autor, Percy Valladares, y que a su vez le fueron narrados por su abuelo materno, don Manuel Huamanchumo Cumpa, indican que el repositorio de las tradiciones orales —al menos en Huanchaco— estuvo enfocada, o intencionalmente direccionada, a ciertos miembros o individuos de la sociedad huanchaquera. Y no cualquiera. El apellido Huamanchumo, en su sentido hispano, debió crearse como consecuencia de una necesidad para afiliarse a la descendencia de uno de los últimos régulos chimú bajo el dominio inca (Huamanchumo, 2004; Valladares, 2013; Zevallos, 1994). Es decir, don Manuel Huamanchumo y don Percy Valladares, autor de este libro, son los descendientes de aquella casta imperial que alguna vez rigió en la costa norte peruana y cuyo poder se vio limitado cuando los incas conquistaron sus dominios, posiblemente entre los años 1450 y 1470 de nuestra era (Rowe, 1948). Dado que nuestras sociedades prehistóricas no desarrollaron registros escritos de su historia, entonces no solo es la arqueología la encargada de llenar los vacíos arriba descritos, sino que la tradición oral, con su complejidad dinámica y transformativa, con su verdad y mentira idealizada o matizada con hechos ficticios o reales, con vaivenes históricos que se adaptan a los tiempos en que son narradas, sirve igual como

una riquísima fuente de conocimiento para comprender nuestra historia, esos capítulos aun no escritos de «los tiempos antiguos» o las coyunturas atemporales (De la Cadena, 2015).

Cuando era niño —y más de joven—, tenía ansias de nutrirme de esa tradición oral que se siente en la brisa de Huanchaco, pero que era tan inmaterial y nula a la vista como el viento. Escuché y escuché muchas historias repetidas, fascinantes, eso sí, pero ninguna me saciaba la sed que mi mente pedía. ¿Dónde están las historias sobre peces, aves, brujas y brujos del mar? ¿Dónde estaban las historias que contaran el vínculo con esa montaña tan característica de Huanchaco que fuera perennizada en una poco conocida —y hasta quizá olvidada— serigrafía del maestro José Sabogal o en las pinturas de su discípulo, el inigualable maestro don Pedro Azabache? ¿Dónde están las historias míticas alrededor de las playas de los cielos azulmorados, como los describió Eulogio Garrido en sus *Visiones de Chan Chan*? ¿Qué más se sabía en Huanchaco de la huaca Taska y de la huaca del pez de oro, superficialmente narrada por el recordado presbítero Rufino Benites? ¿De dónde venían las soberbias escenas perennizadas en la arcilla modelada del maestro Miguel Ángel Vargas? ¿Qué pasó con ese Huanchaco vibrante narrado con fervor en las publicaciones y pinturas de don Pedro Anhuamán? Esa sed fue satisfactoriamente cubierta cuando descubrí los libros escritos por Walter Díaz Sánchez. Afortunadamente, mi abuela materna conservaba una colección casi completa de estas publicaciones: *La casa de totora*, *Tradiciones huanchaqueras I*, *Tradiciones huanchaqueras II* y *El hijo del mar*. Las leí más de una vez, y fueron mi primera introducción a ese mundo real-mágico en el que aprendí que se desarrolla la cotidianeidad de Huanchaco. Previamente había leído un corto pero ilustrativo folleto publicado por el

reverendo y célebre presbítero Rufino Benites (*La Virgen de Carlos V. Nuestra Señora Candelaria del Socorro de Huanchaco, Síntesis Histórica*), uno de los grandes promotores de la tradición de Huanchaco y quien revitalizó el culto a la imagen de la Virgen Candelaria del Socorro de Huanchaco.

Era evidente que en Huanchaco había una larga tradición; se veía en las calles, se notaba en cada «varada» de las balsas de totora. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Benites y Díaz Sánchez, sentía que aún faltaba algo más que se hallaba todavía escondido y que no salía a la luz. Con los años comprendí que ese ha sido el secreto mejor guardado de Huanchaco, ese que se comenta que solo debe saberse por los «huanchaqueros de verdad». Una estrategia que debió cumplir alguna función, función que solo los huanchaqueros debieron entender. Un concepto que seguramente don Manuel Huamanchumo tenía en mente cuando decidió narrar todas estas historias a su nieto Percy Valladares. Es así como nos han llegado decenas de ellas. De un solo golpe, en este libro.

En algunas monografías inéditas escritas por seminaristas que pasaban el verano en Huanchaco en la década de 1920, cuyas copias me fueron compartidas por el historiador y arqueólogo Juan Castañeda, se hablaba escuetamente de varias tradiciones sobre el origen de Huanchaco. Salvo una vaga referencia en la que afirmaba que Huanchaco se había originado a partir de «tres casas», no había más. Como era de esperarse, tienen muchas anécdotas del famoso deán de la catedral de Trujillo, don Antonio de Saavedra y Leiba, incluyendo algunos milagros asignados a este importante personaje de la cultura huanchaquera.

Yo imaginaba que en Huanchaco debieron existir relatos, como, por ejemplo, los que ha conservado la memoria colectiva

—y luego impresa— en las islas del Pacífico, llenas de aventuras en el mar, de tiburones humanizados que robaban princesas, de jefes guerreros míticos que defendían su pueblo y dioses como los del Olimpo que se disputaban el poder haciendo alarde de sus defectos y virtudes. Pues nada de eso pude recopilar en más de veinticinco años de entrevistar a miembros de la comunidad de Huanchaco, desde los más longevos hasta los que tenían mi edad.

Conozco a Percy Valladares desde que tengo uso de razón y, la verdad, primero fui amigo de su hermano menor, Danny Valladares, quien en la década de 1990 vendía unas deliciosas galletas de manjarblanco que eran el deleite en Huanchaco.

Un día llegó a casa en su bicicleta, como de costumbre, para entregar las galletas que se le había rogado que venda (eran muy solicitadas y se agotaban rápidamente) y pude percatarme de que colgaba de su cuello un collar de las famosas chaquiras. Cualquier persona en Huanchaco que me ha conocido desde mi niñez sabrá de la pasión que tengo por las chaquiras. Entonces Danny me contó que sus hermanos, en años anteriores, las habían recogido de los alrededores de la iglesia de Huanchaco y del cerrito de la Virgen. Tanto fue el entusiasmo que en algún momento llegamos a ir allá con Danny para ver esos cementerios saqueados. Previamente, a causa de la instalación de un cuartel del Ejército Peruano en tiempos del terrorismo, se vetó el acceso a las inmediaciones del cerrito de la Virgen (el cuartel aún sigue ubicado al oeste de este promontorio rocoso); pero alrededor de 1997 ya la situación estaba más tranquila y no existía tanto control para caminar por ahí (se hablaba de minas explosivas en las inmediaciones), otrora destino de picnics en verano y lugar de peregrinación durante las fiestas anuales de la Virgen Candelaria del Socorro de Huanchaco.

En aquellas épocas de exploraciones arqueológicas juveniles, Danny me contó mucho sobre su hermano Percy, «y que sabía esto y aquello», pero no le presté mayor atención. Los Valladares eran, además, célebres en Huanchaco porque su recordada madre, doña Blanca Huamanchumo, vendía en verano las más deliciosas y refrescantes raspadillas. Como era de esperarse, sus hijos ayudaban en el negocio y eran celebridades por las dichosas raspadillas. Hoy, Dante Valladares lleva el negocio, que ya se ha vuelto una marca en la ciudad.

Recién en 2007 comencé a tener una relación más cercana con Percy. Le habían asignado el cargo de director de la biblioteca de Huanchaco. Durante la segunda y tercera alcaldía de Fernando Bazán (2007-2014) se vivió una suerte de renacimiento para la cultura e historia de la ciudad. Se hicieron muchos proyectos relacionados con el reforzamiento de la cultura, identidad y economía del distrito. Uno de ellos fue liderado por Elías Rodrich, quien llevó el caballito de totora por todo el mundo y en varias exposiciones a nivel nacional. En paralelo, Carlos Antonio Ferrer, junto con la sociedad civil, invitó a los directivos de la World Surfing Reserve para potenciar el surf, ligándolo a su origen ancestral con las balsas de totora. Gracias a ese esfuerzo se concretó que Huanchaco sea reconocido como una de las reservas mundiales de surf, lo cual atrae anualmente a miles de surfistas que usan servicios turísticos, beneficiando, de esta manera, a decenas de familias en Huanchaco. Por mi parte, publiqué varios artículos cortos en *La Industria* de Trujillo sobre personajes de Huanchaco, dando a conocer sobre las mariscadoras, la «pesca» de cangrejos, el campanero de Huanchaco, la misa del gallo, entre otros.

En ese contexto, Percy comenzó a brillar con luz propia, pues era el centro de toda esa actividad cultural y el referente para

cualquier evento relacionado con la revitalización de la cultura de Huanchaco. Coincidió que por esas épocas yo también iniciaba mis excavaciones arqueológicas en Gramalote, y entonces iniciamos una amistad que perdura hasta hoy. Recorrimos desiertos alrededor del cerro Campana, conversamos horas incontables sobre Huanchaco. Incluso en 2009 viajamos juntos en el Nissan Sedán de 1986 que me había prestado mi suegro para hacer un proyecto etnográfico a lo largo de la costa norte peruana. Aquella vez fuimos en un solo día a Puerto Malabrigo (valle de Chicama), luego hasta la playa de Puémape (valle de Jequetepeque) para buscar viejos pescadores que nos cuenten historias del mar y sus tradiciones.

Buscando a ciegas en Puerto Malabrigo, conocimos a un pescador de más de noventa años de edad, quien nos contó que él había usado una balsilla de «tres bastones» para aprender a usar el caballito de totora. Afortunadamente, esa entrevista la tenemos documentada. Posteriormente, en Puémape conocimos a uno de los últimos pescadores de apellido Chinchayán, quien nos contó la historia de una red mágica que había sido robada de esa playa, lo que había traído la decadencia de su producción pesquera y de su población.

En aquella ocasión, Percy y yo habremos pasado más de once horas continuas juntos, conversando acerca de mil temas (siempre sobre Huanchaco), pero nunca me soltó ni una sola palabra sobre las historias aquí publicadas. Cada vez que yo decía «Qué pena que no tengamos historias de Huanchaco como la que nos ha contado el señor Chinchayán sobre la red», Percy levantaba la mirada y decía: «Sí hay, sí hay»; pero a la pregunta de «¿Cuáles?», callaba y cambiaba de tema. Nunca presté atención a ese gesto hasta ahora que escribo este prólogo a su libro.

Silenciosamente, Percy venía recopilando las historias que le había contado su abuelo, haciendo memoria, recordando detalles, afinando datos. No fue sino hasta 2020, en medio de una pandemia mundial, que decidió darlas a conocer al mundo a través de su cuenta en Facebook. Unos meses antes de la pandemia, me había mudado con mi familia a Gainesville, Florida, para empezar como profesor asistente en el Department of Anthropology de la University of Florida. Mis padres habían venido a celebrar el cumpleaños de mi hijo Joaquín y, a causa de la pandemia, se habían quedado «atrapados» en Gainesville hasta nuevo aviso. En algún momento a finales de marzo o inicios de abril, mi madre me comentó si es que había leído las historias que Percy Valladares estaba publicando en su perfil de Facebook. Cuando escuché ese comentario, mi primera reacción fue la del guerrero que se había dado por vencido: «Seguro que son las mismas historias de siempre: la del ahogado, la de la novia en la carretera, la del farolito». Y sin quitarle mérito a estas historias, no eran las que yo estaba buscando, esas de episodios míticos de diosas, dioses, brujas, guerreros, de tiburones y peces fantásticos. Pero la curiosidad pudo más y comencé a visitar su perfil *facebukiano*. En medio de la pandemia, y con su familia severamente afectada por la mortal enfermedad, Percy se había propuesto contar dos historias por día para apaciguar el miedo y la frustración del encierro forzado que se dio en Huanchaco, en el Perú y, literalmente hablando, en todo el mundo.

Como si fuera a pedido de los dioses huanchaqueros, esa «pausa» en el mundo permitió que el mar y las playas se limpien, las aves regresen a las orillas, los delfines y los lobos vuelvan a jugar entre las olas, mientras los sigilosos tiburones retornaban para husmear en el fondo marino de Huanchaco. Parecía uno de esos tiempos míticos

que tanto se nos narra en las crónicas sobre los incas; uno de esos episodios en los que nace un nuevo Sol u ocurre un *Pachayaquti* aquel en el que Percy decidió comenzar a echar mano de esas historias secretas que le había contado su abuelo. Aquellas que estaban guardadas bajo siete llaves y a las que muy pocos habían tenido acceso.

No sé si fue el orgullo de Percy al comprometerse a ofrecer dos historias por día o si, por el contrario, había llegado el momento idóneo para contarlas. Tal vez fue el miedo de que la COVID-19 podría llevarse al mismo Percy —como el mismo me refirió— y sentía la responsabilidad de transmitir ese conocimiento no solo a su hijo, sino también a una audiencia más amplia. Y así lo hizo. Y así las disfruté en Facebook. Mis ojos no podían creer lo que leían. Mi sueño de niño de leer historias con un fondo histórico pero atemporales, como explica Marisol de la Cadena, con una construcción genuina basada en elementos naturales, como la flora y fauna de Huanchaco, se había hecho realidad.

Este libro está compuesto por cinco secciones en las que hemos tratado de organizar una parte de las más de cien historias que Percy compartió en su cuenta de Facebook entre fines de marzo y mayo de 2020. Cabe precisar que aquí solo se presenta una pequeña cantidad de ellas, pues creemos que Percy tiene material para hacer un libro únicamente de historias relacionadas con la experiencia religiosa cristiana en Huanchaco como anécdotas tradicionales atribuidas al deán Antonio de Saavedra y Leiba (por ejemplo, una historia sobre la piña de oro y esmeraldas). Asimismo, hay suficiente material para publicar un tercer libro sobre historias exclusivamente del periodo republicano, con narraciones que grafican más a Huanchaco como puerto colonial y poscolonial, como, por ejemplo, la historia del Blue Bell,

emblemático barco del siglo XIX que fue objeto de un episodio histórico en el otrora puerto.

En este libro, las primeras veinte historias se refieren a tiempos prehispánicos, desde la creación del mundo según los huancha-
queros hasta la llegada de los incas. En narraciones simples se explica cómo los primeros hombres surgen no del barro ni del maíz, sino de un pez, como es de esperar en sociedades marinas que giran y se explican en torno al mar. Detallan que antiguamente el tiempo se medía en trece meses lunares y que el año empezaba en junio porque se celebraba el nacimiento de un hombre-pájaro, hijo de un ultraje cometido por el Sol hacia la Luna, y que fue criado en las islas Guañape y que luego fundaría Chan Chan. Estos relatos atemporales describen amuletos de manos cercenadas de poderosos guerreros de la sierra y de antiguos rituales realizados en el cerro Campana. Nos explican cómo el cerro Campana es femenino y el Cabezón, masculino, mientras que la erosión de esos cerros forma la vida en los valles y en las playas. Narran, además, cómo una pareja humana escapaba de celosos cometas ayudados por la Luna y subiendo al cielo por un arcoíris hacia la Vía Láctea. A propósito de dioses, describen a ciertas deidades que regían sobre la humanidad y los animales, y cómo estas se peleaban por tener las almas cuando estos seres vivos acababan su paso terrenal. ¿Acaso influencia occidental cristiana?

En esta primera sección aprendemos cómo fue que los pescadores descubrieron la totora e inventaron el caballito de totora y cómo una enamoradiza princesa se transformó en una estrella de mar para contemplar a su amado en el cielo. Nos menciona los lugares sagrados que existían en Huanchaco y qué se hacía en ellos. Esos espacios sagrados que ahora han dado paso a construcciones modernas y de los cuales muy poco sabemos científicamente.

En la segunda parte de este libro, Percy Valladares nos trae diecisiete relatos sobre especies de la fauna marina y terrestre de Huanchaco, cuyas bondades reproductivas y conducta biológica suponen hechos humanos que las condujeron a esos patrones. Por ejemplo, detalla cómo una corvina dio vida a tres hermanos que luego, hechos hombres, fundaron pueblos y extendieron los «dominios» de los huanchaqueros sobre la costa norte y tan «arriba» (sur) como la costa central. Describen también luchas entre peces, tiburones y delfines, las que podrían explicar el reemplazo o énfasis en el culto o divinización de ciertas especies sobre otras a lo largo del tiempo. Nos explica con detalles cómo es que el anzumito (nutria marina) puede estar representando un «tiempo» desde la perspectiva de los pescadores y también representando la fertilidad y reproducción de las especies marinas. Nos relatan cómo el bufeo (delfín), el carretero y el pelícano fueron humanos y, por desafiar el poder de la mar o por enamorarse de ella, se volvieron especies marinas fieles que nunca se separarán de su lado. Todo este universo mágico, que solo puede ser construido y deconstruido por la tradición milenaria de un pueblo como Huanchaco, se expresa en estas historias, como, por ejemplo, la de la tijereta y de cómo un grupo de jóvenes se propusieron cambiar las normas de su propio pueblo, una suerte de innovación histórica, para perfeccionar ciertas reglas sociales.

En la tercera parte se presentan solo cinco relatos de un conjunto de más de veinte que Percy tiene en su poder, pues creemos que esas otras narraciones pueden ser parte de un segundo libro exclusivamente dedicado a historias de la Colonia y la religiosidad profesada hacia la imagen de la Virgen Candelaria del Socorro, un proceso de sincretismo que varios investigadores han

explicado en otras publicaciones (Minaya, 2008; Prieto, 2011; Prieto y Rodrich, 2015; Schaedel, 1989). En todo caso, el relato del cacique Suy Suy y la similitud con los hechos históricos confirmados por historiadores renombrados sugieren que no están tan lejos de la realidad y que, en efecto —como recientemente ha sugerido Juan Castañeda en su tesis de maestría—, el asiento de la ciudad colonial de Trujillo se hizo sobre construcciones incas (Castañeda, 2019). Plantea, por otro lado, que el primer intento de construcción de Trujillo (como era de esperarse) tuvo lugar en las ruinas de Chan Chan, y, por lo tanto, es posible que la arqueología pueda ubicar ese emplazamiento. De hecho, una publicación reciente de Denis Correa muestra el hallazgo de cuentas coloniales de vidrio dentro de depósitos de uno de los palacios en Chan Chan, por lo que la pista no debe estar lejos de ese hallazgo (Correa y Jáuregui, 2019). Esta narración también refuerza la hipótesis planteada por Jorge Zevallos, quien afirmaba que el nombre de Chan Chan no es el original y que lo más próximo puede ser *Cauchan*, pero esta era la denominación de un emplazamiento donde ahora se ubica Mansiche. Como es de esperar para este periodo, los relatos hablan, además, de tesoros y de los emblemáticos descubrimientos en los mausoleos reales de Chan Chan y sus templos, a partir de las alianzas estratégicas entre miembros de la otrora nobleza chimú y los conquistadores. Otros relatos son más locales, como la lucha de esqueletos en las inmediaciones de la capilla de Huanchaco, que antiguamente debió situarse en la esquina sureste de la plaza pública, la cual se encuentra ahora cortada por un bloque de viviendas republicanas en el medio y que solo han dejado un pequeño espacio que, aunque mantiene el nombre de *plaza de Armas*, se le conoce localmente como *la plazuela*.

Luego Percy nos regala un conjunto de diecinueve relatos de corte más etnográfico que dan cuenta de diferentes aspectos de la vida de los pescadores y mariscadoras de Huanchaco. Desde el matrimonio y las costumbres asociados con este evento hasta las enseñanzas de su abuelo sobre los secretos del mar. Le dio consejos de como «sembrar» en el mar, una práctica que parece olvidada en Huanchaco, pero que, al parecer, aún estaba muy presente en 1940, cuando el etnógrafo John Gillin entrevistó a los pescadores en el varadero de balsas de totora y estos le mencionaron que había que tirar «carnada» en la orilla, pues eso atraía a la pescadilla, y esta, a su vez, a la corvina, la que era alimento de los lobos marinos, etc. En otras palabras, los relatos de esta cuarta sección muestran el conocimiento práctico adquirido por los pescadores y mariscadoras para potenciar el uso de los recursos marinos en su propio beneficio, pero, al mismo tiempo, mantener el balance ecológico que les daría el excedente necesario que les permita subsistir y comerciar para obtener aquellos productos inexistentes en Huanchaco. Esta sección relata cómo se medían las horas con las estrellas y expone las propiedades y usos de la totora, más allá de simplemente hacer balsas o viviendas. Nos informan sobre los «límites» del territorio huanchaquero en tierra y en el mar, y de qué manera se conceptualizaba la propiedad o tenencia de esos espacios, lo cual, dicho sea de paso, no está muy lejos de las propuestas teóricas que explican dichos conceptos para los tiempos coloniales y posiblemente prehispánicos (Ramírez, 2004).

La quinta y última parte es una colección de once relatos que se funden con eventos más recientes, desde la revolución aprista de 1932 hasta nuestras propias excavaciones realizadas en 2016, y cómo el poblador de Huanchaco crea mitos y explicaciones sobrenaturales para hechos o eventos cotidianos, esos que, fundi-

dos en la cadena operacional, estructurada por el medio ambiente y sus ciclos, forman nuevamente esas narraciones atemporales que tanto parecido le encontramos a lo descrito por Marisol de la Cadena para la región sur andina, y que ya previamente el padre Marzal había teorizado en sus trabajos etnográficos a lo largo y ancho del territorio andino costeño y serrano (Marzal, 1977). No puedo dejar de mencionar aquí las referencias a los huaqueos y ese mundo ceremonial y mágico que se esconde entre la avaricia y la desidia que intervienen en la destrucción de nuestros sitios arqueológicos, pero que, indudablemente, esconden trasfondos sociológicos que son partes constituyentes de la ideología local.

Esperamos que este libro y el notable esfuerzo de Percy por ordenar las historias de su abuelo —personaje que desde ya, al igual que Percy, deberán ser recordados por siempre en Huanchaco— sirvan de base para inspirar a futuras generaciones de investigadores, pero, sobre todo, de huanchaqueros que quieran su pasado, lo respeten y lo usen para forjar un nuevo futuro, un futuro que no pisotee lo acumulado con miles de años de historia, sino que valore las tímidas paredes de piedra o las escasas vasijas de cerámica que, por más sencillas que sean, son elementos tangibles de un pueblo que ha forjado una historia en torno al mar y la ha vuelto terrena, humana, divina.

Este libro se suma a los esfuerzos de otros autores huanchaqueros, como aquellos que mencioné al inicio, Walter Díaz Sánchez, Rufino Benites, Jorge Luján, Antonio Fernández, Enrique Huamanchumo y Pedro Anhuamán. La obra de Percy Valladares se suma ahora a estos esfuerzos previos, para revitalizar y recordar a todos que Huanchaco es todavía un campo inexplorado, que tiene muchas oportunidades para descubrir el pasado de la costa norte y, sobre todo, entender ese mundo real-mágico que antes

del *boom* latinoamericano ya se forjaba en las frías arenas de la playa y las olas marinas que nunca acaban. Acaso ese mundo real-mágico es la esencia de nuestro continente y de los pueblos sudamericanos en todas las regiones geográficas que conocemos.

El lector observará que hay una serie de notas hechas por mí a las narraciones de Percy. Estas tienen una connotación contextual y pretenden únicamente asociar dichas narraciones con evidencia arqueológica, etnográfica e incluso anécdotas, con el objetivo de ampliar la perspectiva y potencial de esta información con fines de investigación a futuro o como una herramienta adicional para lectores que quieran indagar un poco más en las profundidades marinas de la historia de Huanchaco.

Me gustaría agradecer a Percy Valladares y a toda la familia Huamanchumo por enriquecer la historia y la tradición de Huanchaco. Este libro se ha podido editar, imprimir y publicar en este formato gracias al decidido apoyo del comité del Institute of Andean Research (IAR) y su presidente Richard L. Burger. También un agradecimiento especial a Leo Levy, un ciudadano estadounidense que en 1964 llegó a Huanchaco a estudiar su cultura y tradiciones. Aunque la vida lo llevó por un camino diferente de la investigación antropológica, una feliz coincidencia hizo que nuestros caminos se crucen. Gracias a ello, Leo Levy me ha donado un valiosísimo patrimonio compuesto por fotografías, notas de campo, archivos y hasta un video de las actividades cotidianas del Huanchaco que él conoció en 1964. Admirador y apasionado de Huanchaco y de su cultura, forjada por su experiencia de varios meses en aquella casita que rentó en la calle Unión, Leo y su esposa, Martha, se sumaron a este esfuerzo colaborativo y también contribuyeron económicamente para concluir la edición y diagramación de este libro. Las ilustraciones que grafican mara-

villosamente este libro fueron realizadas por Paul Amaro Arbildo Agurto, un talentoso artista de la Amazonía peruana. Su trabajo fue financiado por quien escribe estas líneas. También quisiera agradecer a Luis José Olazo Baldwin, huanchaquero de corazón y bibliotecario peruano que trabaja en una biblioteca pública de Canadá. Luis me dio las primeras orientaciones, sugerencias de estilo y diagramación inicial para editar este libro apropiadamente. Del mismo modo a Rafael Valdez y Oscar Carrasco, quienes han tenido a cargo el cuidado de la edición y la corrección de estilo, respectivamente. Un agradecimiento al maestro de Moche don Daniel Biminchumo, cuyo arte y talento engalana la portada de esta publicación con una bella composición en la que se muestra a la familia huanchaquera, aquella que ha forjado en miles de años parte de la narrativa aquí expuesta.

Solo puedo terminar diciendo (y pidiendo) a Percy que siga escribiendo; a sus hijos, que continúen su tradición milenaria; al lector académico, que estudie a detalle estas historias; al literato, que valore la simplicidad de la narración; y al lector que solo las leerá por curiosidad, que se nutra de un Huanchaco que no está muerto, pues mientras el mar siga allí, la magia continuará apareciendo, como las arenas del mar y las estrellas en el firmamento.

Gabriel Prieto

University of Florida, enero de 2021